de su corte a todos los calpixques y capitanes que los recibiesen de paz y que les llevasen bastimentos y esclavos y que los sacrificasen en su presencia y los rociasen con su sangre y los mantenimientos que les llevaban y que procurasen de entender qué género de dioses eran estos que venían contra ellos.

Iban desde entonces los calpixques y capitanes adonde estaban los españoles, y al principio hicieron lo que el rey les había mandado, rociándoles el pan y toda la demás comida con la sangre de los cautivos que habían sacrificado, pareciéndoles que esta especie de pan ensangrentado con sangre humana sería de gusto para ellos. Pero como los nuestros no estaban acostumbrados a estas viandas extrañaron el gusto y despreciaron el pan; y como vieron los indios los extremos que hacían los españoles con el sabor del manjar y que no querían comerlos, dijeron entre sí los mexicanos: Estos dioses no son como nuestros dioses que comen sangre de hombres; pero son celestiales y como a tales adorémoslos y aplaquémoslos con viandas limpias que no vayan mezcladas con sangre. Comenzaron desde entonces a traerles mantenimientos comunes, de los que los indios comían, así de pan como de carne y otras frutas y raíces que ellos preciaban mucho, y como vieron que las comían continuaron en regalarlos con ellas y se consolaron mucho por ver que tenían manjares con que poder aplacar a estos hombres que entonces tenían por dioses y no sólo a los españoles, pero a los negros los reverenciaron como a tales y les llamaban Teocacatzacti (que quiere decir dioses sucios o negros). Todo esto vino a noticia de Motecuhzuma, y mandó a todos sus gobernadores, capitanes, presidentes y oficiales de república que con diligencia sirviesen y proveyesen de todo lo necesario a los dioses que habían entrado en la tierra (que esta ceguera que tuvieron estos indios fue la total causa de su perdición porque con ella, no sólo no se defendieron de ellos, pero cobrándoles temor se les alebrestaron y rindieron).

CAPÍTULO XXIX. *Que Fernando Cortés pasa adelante por consejo de los cempoalles; y de una cerca grande de piedra que vido; y de un reencuentro que tuvo con los otomíes de Tlaxcalla*

RAN PASADOS OCHO DÍAS que había enviado Fernando Cortés a los cempoalles a Tlaxcalla y no volvían. Preguntó a los caballeros que iban con él, cómo tardaban tanto. Respondieron, que por majestad y grandeza, según su costumbre, no los debían de despachar; por lo cual y por lo mucho que le aseguraban el amistad de los tlaxcaltecas determinó de caminar con el ejército adelante, y a la salida del valle topó con un gran muro de piedra seca, alta, de estado y medio, de veinte pies de ancho, con un pretil de dos palmos por toda ella, para pelear encima. Atravesaba todo el valle de una sierra a otra; no tenía más de una sola entrada de diez

pasos y en aquella doblaba la una cerca sobre la otra, a manera de rebellín por trecho de cuarenta pasos; de manera que era tan fuerte que cuando hubiera quien la defendiera tuvieran bien que hacer los castellanos en pasarla. Paróse Cortés a considerarla y fue gran rato mirándola por descubrir si había alguna emboscada. Preguntó para qué efecto era y quién la había hecho. Dijéronle, que Iztacmixtitlan, que le acompañó hasta allí, para dividir los términos entre él y los tlaxcaltecas y defenderles la entrada en su tierra, aunque ya eran amigos; y aquí entendió mejor Fernando Cortés la opinión de valientes que los de Tlaxcalla tenían, pues contra ellos se había hecho tan gran fábrica. Admiró la obra de aquel muro, porque estaba muy bien labrado, sin mezcla de cal ni barro. Y porque aún estaba cerca el señor de aquel muro viendo que habían reparado pensó que temían de pasar adelante y volvió a rogarle que no fuese por allí porque le mostraría otro camino más seguro y poblado de vasallos de Motecuhzuma, que temía que los tlaxcaltecas le habían de hacer algún daño. Los cempoalles porfiaban en aconsejar lo contrario, diciendo que era malicioso aquel consejo para apartarle de confederarse con gente tan valerosa, con cuya amistad no había que temer de Motecuhzuma. Fernando Cortés, con esta diversidad de pareceres, estaba confuso y al fin se arrimó a la opinión de los cempoalles, cuya intención conocía ser sincera y por no mostrar cobardía.

Despidióse de Iztacmixtitlan tomando de él trescientos hombres y entró por la cerca, la vuelta de Tlaxcalla, llevando su gente en orden y el artillería apercibida, yendo siempre buen rato delante para que nada le tomase desapercibido. Aquí dice Antonio de Herrera, que a una legua de camino hallaron un pinar muy espeso, lleno de hilos y papeles que enredaban los árboles y atravesaban el camino, de que mucho se rieron los castellanos y dijeron graciosos donaires, cuando luego supieron que los hechiceros habían dado a entender a los tlaxcaltecas que con aquellos hilos y papeles habían de detener a los castellanos y quitarles sus fuerzas; esto se debe entender de lo que dejamos dicho en el capítulo pasado de los encantadores de Motecuhzuma, los cuales vinieron a hacer estos encantos y hechizos y no pienso ser otros, porque en ningún memorial tal he leído ni visto; y no es mucho que no lo supiesen los españoles, pues no se las comunicaron los indios de cuyos memoriales y relaciones saqué lo que digo en el capítulo pasado.

Andadas pues tres leguas, desde la muralla envió Fernando Cortés a mandar a la gente que caminase porque era tarde, y pasando adelante con los de a caballo, en encumbrando una cuesta, dieron los dos corredores con quince o diez y seis indios, armados de espadas y rodelas, con altos penachos y otros pendientes de las espaldas, que estaban allí para dar aviso, y en descubriendo los nuestros, corriendo, se retiraron sin querer volver aunque mucho los llamaron. Pero viéndose alcanzados de los caballos se remolinaron y defendiéndose, peleaban y hirieron dos caballos de tal manera que luego cayeron muertos, casi a cercén cortadas las cabezas; porque las espadas eran de pedernal encajado en madera atado y con cierta

liga tan apretado que cortaban como navaja. Íbanse retirando los indios, jugando sus espadas sin muestra de temor; pero descubriendo el valeroso capitán Fernando Cortés más de cinco mil hombres, en un escuadrón que acudían a socorrer a éstos, los mandó alancear, que hasta entonces no lo había permitido y envió a solicitar a la infantería que se diese priesa. Entre tanto que caminaba la infantería ya el escuadrón de los indios había llegado sobre los de a caballo y desembrazando sus arcos, peleaban. Los de a caballo alanceaban muchos, especialmente a los que más se metían en ellos. Los indios en descubriendo la infantería castellana se retiraron espantados de los caballos, diciendo que aquellos venados eran mayores que los suyos y que corrían más y que por algún encantamento andaban los cristianos en ellos. Retirado el escuadrón de los indios llegaron dos de los mensajeros cempoalles que Fernando Cortés envió a Tlaxcalla, con otros de la república, y dijeron que les había pesado del atrevimiento de aquella gente bárbara, que eran ciertos pueblos otomíes, que sin licencia se habían desmandado, aunque se holgaban que algunos hubiesen pagado la pena que merecían y que la señoría le deseaba ver, conocer y servir en su pueblo y que si quería que pagasen los caballos, que aquellos otomíes mataron, enviarían luego oro y joyas por ellos. Fernando Cortés, aunque conoció que el recado era falso, para asegurarle respondió, agradeciendo su ofrecimiento y buena voluntad y que presto sería con ellos porque lo deseaba mucho; y disimulando la pena que tuvo de que los indios hubiesen entendido que los caballos eran mortales, dijo que no quería paga porque presto le vendrían otros muchos de donde aquéllos habían nacido. Eran estos otomíes vasallos de la señoría de Tlaxcalla, que tenían sus lugares en partes bajas y atalayas en los cerros y en habiendo gente extranjera hacían ahumadas desde la primera y respondían de las otras y la gente se juntaba para la defensa.

CAPÍTULO XXX. *De una batalla que los castellanos tuvieron con los de Tlaxcalla y vuelta de dos de los mensajeros que habían ido a Tlaxcalla*

LOS EMBAJADORES SE VOLVIERON y llevaron consigo hasta sesenta indios que en aquel reencuentro habían sido alanceados para enterrarlos. Cortés mandó enterrar los caballos por no dejar ocasión de que viéndolos cada día en el campo los indios considerasen que podían matar los otros. Estaba ya (como queda dicho) el ejército dentro de los límites de Tlaxcalla, y hasta entrar en ellos llamaban a toda aquella provincia desde la Villa Rica, Cuetlaxtla, que aunque grande la distancia no era muy poblada, porque en tiempos pasados la destruyó Motecuhzuma, porque no le obedecían. Aquí dice Herrera que es la tierra conforme al Andalucía, gruesa, caliente y fértil, con muchas aguas dulces y buenas, adonde se cría